

El niño y la poesía

El poeta da forma a la boca tierna
y balbuciente del niño

Horacio

Para el niño, el arte es alegría. Y éste era el concepto que del arte tenía el hombre desde sus primeras manifestaciones. Para el hombre de tribu, arte es música y canto; pero sobre todo es danza. Ya más adelantado, cuando con el arte contribuye a la magnificencia de su culto religioso, vemos que es papel que a la danza, al canto y a la música y aun a las representaciones teatrales se le destina. Pero esto ya saca al arte de su plano infantil, el de la alegría, como que la humanidad también ya ha salido de ese plano.

Para el niño, el arte es manifestación de exuberancia física, y lo confunde con el juego. Lógico que así sea, y por ello, el arte reflexivo, arte que ha superado el plano físico, no es arte para el niño. Es una cosa seria. Cosa de grandes en la que él puede hacer sus excursiones, como las hace en otras cosas de grandes, pero no algo que le pertenezca exclusivamente a él. Lo acepta pero no lo ama. Algunos pedagogos, olvidando que el niño debe aprender jugando y que, para aprender, debe amar lo que aprende, alejaron la pedagogía del arte. Grave error. No era éste el punto de vista de los sabios griegos. Para estos maestros del occidente, Homero fue el más grande de sus maestros. En el cantar de sus héroes, de la gloria y la grandeza de los helenos, educaban a la juventud desde la primera niñez. Y con Homero, los demás poetas. Píndaro, el exaltador de su fuerza, más que los otros. Hay quien ha querido ver en el odio de Platón hacia los poetas, el odio de un rival. El filósofo que intentaba educar a la juventud, hallaba en los que enseñaban rítmicamente quiénes lo podían sustituir con ventaja.

¿A qué niño no le gustan los versos? ¿Y por qué le gustan? A esta pregunta la mayoría responde: "Porque son lindos" o "porque me gustan como suenan". Razones estéticas. ¿Alguien respondería: porque me instruyen? Seguramente, no. Y sin embargo, el niño gusta del verso también porque lo instruye. El lenguaje rítmico, ayudado por la rima, es más fácil de aprender; y el niño, mediante el verso, experimenta el placer de



aprender, tan caro al espíritu superior del ser humano. Y este placer de aprender lo une al verso, vehículo de poesía, y es así cómo un goce físico le abre la ancha puerta de los goces espirituales.

Forma rítmica, música de rimas, expresión clara, he aquí la poesía que gusta al niño y que le enseñará más que muchas graves lecciones. Y otra condición: que ella haya sido escrita por poetas. Y no expresamente para los niños. Dice Anatole France en su evocador *LE LIVRE DE MON AMI*: "Es notable que los niños muestran la mayor parte de las veces una repugnancia extrema en leer los libros hechos para ellos".

El niño odia la puerilidad de sus imitadores...

Más enseña una bella metáfora, elemento tan natural en la expresión del niño y del pueblo, que muchos secos aforismos. Y más que la moraleja de muchas fábulas.

Del contacto del niño con la poesía, no sólo saca

una ventaja presente, sino un gozo que lo alegra como un regalo. "Hay que dar al niño la mayor suma de alegría posible". Al aprender versos, hace el niño acopio de ideal para el futuro, para cuanto sea hombre y "la vida que es dura, amarga y pesa", lo agobie y estrangule. Entonces, un verso escondido en un rincón de su memoria, desde la infancia; un verso jamás olvidado, hablará el más convincente y confortador de los lenguajes. Y aquello que fue alegría antes, será serenidad después. "Enseñemos a los niños versos hermosos -nos aconseja Marcel Braunschwing-, hagámonle amar los grandes poetas. Porque en la travesía de la vida, estos versos serán para ellos un bagaje precioso y aquellos poetas sus más deliciosos compañeros de viaje".

La poesía es una ventana abierta hacia ese bosque lleno de todos los encantos y de todos los misterios que es la imaginación del niño. Salta por ella y se va. ¿Qué mayor alegría? Es en la imaginación donde el niño traba amistad con el silencio. James Sully cuenta de un niño a quien su madre intentaba explicar una historia y que la interrumpió: "No me cuentes, mamá, si tú no me explicas la voy a entender mejor". Y un niño de cinco años, hijo de unos de nuestros poetas, a quien la madre, y aún el padre, le hacían ver los estridentes exotismos de una calle adornada para el curso de carnaval, le he oído decir, fastidiado: "Déjenme mirar a mí. No me hablen". Las palabras de los otros le cerraban la ventana hacia su maravillosa imaginación, y por la que entraba el fresco, puro y cantante viento de la poesía.

Hay, pues, que dar al niño poesía realizada por hombres que han conservado su imaginación, es decir, por poetas. Para esto es necesario preparar antologías en las que figuren las firmas más célebres, y no temáis, los niños comprenderán a sus poetas.

